ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de la Duquesa Viuda de Talavera

ESCENA PRIMERA

CARMEN, y después EUGENIA.

EUGENIA

¡Carmen! ¡Ah! ¿Estás aquí?... ¿Por qué no contestabas?... Te busco por todas partes... ¿Qué te sucede? Huyes de la gente; de mí... ¿Has llorado? Hoy que debemos estar todos alegres...

CARMEN

Y yo me alegro de vuestra alegría y doy gracias á Dios que os la concede. Pero mi tristeza se sobrepone á todo, y quiero que sea sólo mía; por eso me oculto; por eso quiero estar sola.

EUGENIA

Entonces, es que no te alegras con nosotros. Si sólo fuera tristeza tuya ¿por qué hoy más triste que otros días?

CARMEN

No me atormentes... Tú no comprenderías la causa de que mi tristeza sea hoy mayor; quizá te

parece egoísmo, ingratitud, envidia tal vez. ¿No es eso? Hoy que ha vuelto tu hermano después de la triste separación, restablecido por completo; hoy que tu madre es dichosa, y se alegra esta casa que yo entristecí más todavía.

EUGENIA

¿Tú? Al contrario. Nosotras sí que nada hemos podido con tu tristeza; ya lo veo.

CARMEN

No, Eugenia, no. Sin tu madre, sin su generosa protección, ¿qué hubiera sido de mí? Como mi casa fué para mí esta casa; tu madre y tú, habéis sido tan buenas conmigo, que siendo vuestra la bondad, parece vuestra la gratitud. Así hacen el bien las almas buenas; al ofrecer, parece que aceptan y así vuestra delicada bondad me dejó siempre la ilusión de que os pagaba en algo, cuando os lo debo todo.

EUGENIA

¿Quién habla de eso? Es tu casa; mi madre, madre tuya también; nosotras, hermanas; así es, y será siempre.

CARMEN

Siempre, sí; pero no en esta casa. Ya no es lo mismo...

EUGENIA

¿Que no es lo mismo? ¿Por qué?

CARMEN

Ya no estamos solas las tres... ya no es lo mismo.

EUGENIA

¿Porque ha vuelto Carlos?... Si él supiera que por haber vuelto pensabas tú en marcharte... Ya viste como escribía siempre.

CARMEN

Carlos, lo mismo que tu madre, comprenderán mis razones; mi posición aquí sería falsa, equívoca...

EUGENIA

No digas eso; yo sé por qué lo dices; pero no pienso como tú. No hay posición falsa ni equívoca, cuando un cariño verdadero nos la ofrece... ¿Qué puede suceder?... Que Carlos te quiere como hermano; pues con nosotros siempre, como hermanos... ¿Que te quiere más todavía?... Pues con nosotros siempre también... ¿No has pensado nunca que Carlos te pudiera querer de ese modo?

CARMEN

Porque lo he pensado, porque lo sé, para qué engañarte; comprendo que al volver Carlos yo no debo permanecer aquí.

EUGENIA

Eso sí; bien está; saldrás de esta casa, pero no como tú has pensado... Si mamá y yo hemos hablado mucho de esto; si todo está previsto... Las dos haremos un viaje; un viaje corto... y después...

CARMEN

¿Qué dices?... que tu madre.

EUGENIA

Sí, no sabes la preocupación de mi pobre madre al pensar en la suerte de mi hermano; al verlo siempre enfermo... Cuando mi madre faltara... Era inútil que yo perjurase para tranquilizarla que nunca me separaría de él: á mi madre le afligía más mi promesa, porque le parecía que era para mí un sacrificio.

CARMEN

Y tu madre hubiera querido casar á Carlos...

EUGENIA

Sí, pero antes, enfermo como estaba, ¿qué mujer le hubiera querido, si no por cálculo, ó por vanidad?

CARMEN

¡Eugenia!

EUGENIA

¿Por qué me miras así?

CARMEN

Por nada. ¡Qué hermosa inocencia!

EUGENIA

¿No crees lo mismo? Claro está que á mi hermano nunca le hubiera faltado con quien casarse, y eso era lo que temía mi madre: que él se enamorase de cualquier mujer ambiciosa y perversa. Su carácter es tan débil... tan fácil dominar su corazón...

CARMEN

Y ahora, ¿no le importa que se haya enamorado de mí?

EUGENIA

Es su mayor alegría. Mamá dice que eres la esposa ideal para Carlos; la que ella hubiera soñado.

CARMEN

Eso dice. ¿Y quién le asegura á tu madre que no sea yo esa mujer ambiciosa, perversa?...

EUGENIA

¡Tú! ¿Creer mi madre eso de ti?... Un año de continua intimidad es bastante para conocernos, por mucho que nos esforcemos en fingir.

CARMEN

¡Un año! ¡Un año de tristeza! Cuando la tristeza pesa sobre nosotros, no somos los mismos... Tu madre está segura de mí; pero los demás... ¿No pudieran creer que, por ese cálculo, acepté vuestra protección; que he representado aquí una comedia para ganarme vuestro cariño, para recuperar mi posición y mi fortuna?... Ya ves como debo marcharme; lo que temió la previsión de tu madre, lo que repitió tu inocencia, es lo que diría mañana todo el mundo, cuando supiera que yo me casaba con tu hermano... Yo, que antes había despreciado su cariño, su nombre y su fortuna, cuando me creí, por lo menos, tan noble, tan rica y tan elevada como vosotros... Sí, me confieso con toda la sinceridad de mi corazón... Tu hermano me quiso siempre, y yo me burlé de su cariño; si ahora lo aceptara, ¿qué debía pensar él? ¿Qué debían pensar todos? ¿Qué pensaría yo de mí misma? No, no; mi orgullo de raza es lo único que

pude salvar en la ruina de nuestra familia; pude aceptar, no la que acepté de vosotros, generosa y digna, una limosna; la más humillante si todos creían que era eso sólo, una limosna que se me daba; no aceptaré nunca; no puedo aceptar de nadie lo que todos creerían que yo había robado.

EUGENIA

¡Carmen!

CARMEN

¡Calla! Tu madre... No la digas una palabra de esto. Yo sola hablaré.

ESCENA II

Dichas y la DUQUESA

DUQUESA

¡Hijas mías!

EUGENIA

¡Mamá! ¿Y Carlos?

DUQUESA

Pude conseguir que se recogiera á descansar. No quería; viene deseoso de hablar, de preguntarme... y tan alegre... Soy muy dichosa. Todos los que le ven le encuentran como nunca. El director del Sanatorio ya ves lo que me escribe. Si antes me hubiera decidido á dar este paso; pero él, por su parte, nunca tuvo energía para decidirse á nada; parecía complacido en su dolencia, dijéra-

se que la cultivaba... Le habíamos mimado tanto... A mí, sólo hablarme de Sanatorio, me estremecía. En España, para los señores antiguos como yo, sobre todo, esto de Sanatorio nos suena todavía á hospital ó á casa de locos. Y me horrorizaba pensar en separarme de mi hijo.

EUGENIA

Pues ya ves como ahora te alegras y darás por bien empleada la separación que parecía tan larga... Un año que ha pasado sin sentir.

DUQUESA

Para vosotras, que sois jóvenes; á mí me ha parecido eterno... Yo he encontrado á mi hijo más joven y más fuerte que nunca; él me ha encontrado envejecida, acabada... y él me ha visto hoy, cuando la alegría me rejuvenece... Carmen, hija mía, tengo que pedirte un favor.

CARMEN

¿A mí?

DUQUESA

Ha pasado el año desde la muerte de tu padre; por eso me atrevo á pedirte que por un día dejes tu luto; seguiremos el precepto de corte; gala quita luto, y yo quiero que haya un día de gala en mi casa para celebrar la vuelta de mi hijo: daremos una fiesta. ¿Qué os parece?... Desde los primeros años de mi matrimonio no se dió aquí ninguna.

EUGENIA

Para mí será la primera. ¡Qué alegría!

DUQUESA

Y hoy quiero que también adornéis estas habitaciones con flores; que preparéis el té para los amigos. Han sido muchos los que han acudido á preguntar por Carlos, y quedé en recibirlos esta tarde. Vamos, Carmen. ¿Estás triste, preocupada?

CARMEN

Sí, si lo estoy: deseaba hablar contigo

DUQUESA

¿Qué te sucede?

EUGENIA

Ya lo sabrás. Lo primero será decirte que se marcha hoy mismo de esta casa. Por ese disparate, puedes presumir lo demás...

DUQUESA

¡Bah! No me asusto. Yo creo que apenas hable conmigo, estaremos de acuerdo.

EUGENIA

¿Lo crees? Yo no sé. Carmen es muy terca, lo digo delante de ti, y muy altiva

DUQUESA

Hace bien; tiene carácter... *(A Eugenia.)* Tú, déjanos. *(Sale Eugenia.)*

ESCENA III

CARMEN y la DUQUESA

DUQUESA

¿No es verdad, hija mía, que estaremos de acuerdo?

CARMEN

Cuando yo lo esté conmigo misma; cuando yo vea claro en mi corazón. Por eso antes que nada quisiera alejarme de aquí; verme yo sola, como me hubiera visto desde la ruina de mi casa, darme cuenta exacta de mi posición en el mundo, que hasta ahora no pude comprender con verdad. Tu generosidad, la de tus hijos, no me dieron tiempo á sentir el desamparo de mi situación... Conocí que era tan espontáneo y tan sincero vuestro ofrecimiento, que me hubiera parecido tanta ingratitud no aceptarlo entonces, como aceptarlo, para corresponder después con mi ingratitud... Yo sé que Carlos me quiere; sé que tú me juzgas digna de su cariño; estoy orgullosa de merecer su cariño, y tu estimación más que su cariño... pero no estoy segura de mí; no creo merecerlo y tengo miedo de mí misma; ¡tengo miedo!

DUQUESA

Miedo. ¿Por qué? ¿Es que tú no quieres á Carlos como el te quiso siempre?... Conozco á mi hijo; yo sé que solo por ti consintió en buscar la salud

y la vida; yo sé que solo por tu cariño vuelve lleno de alegría y de esperanza. ¿Y tú?

CARMEN

Yo sé que me burlaba de su cariño; tú lo sabes también. Yo ignoré siempre la situación de mi casa; la ceguedad del cariño de mi padre, fué nuestra ceguedad. Entonces yo creía que era á mí á quien debía quererse por interés; que era yo la que podía comprar; no la que pudiera venderse nunca. Sabía estimar á los más dignos; pero yo no sé que malsano placer hallaba en atormentarlos, en burlarme de todos... Y de todos solo Carlos fué el digno, el costante, el generoso; solo por él siento ahora verdadero cariño...

DUQUESA

Entonces...

CARMEN

Pero es que él tiene derecho á dudar de mí; y como él, todo el mundo, y yo misma... Ahora le quiero porque es el único, y viene á ofrecerme su nombre y su posición; á mí que nada tengo; que á estas horas me hubiera muerto desesperada de humillación y de vergüenza, sin la generosidad de esta casa. Y más aún... lo que yo temo... si al recobrar posición y fortuna, vuelvo á ser lo que era; si aquella altivez mía vuelve aumentada con el deseo de humillar á los que me humillaron, de despreciar á los que me despreciaron... Carlos era antes el mismo, ¿por qué no le quise hasta ahora?... Entonces éramos iguales; yo así lo creía por lo menos...

DUQUESA

Carlos sabía que la ruina de tu casa era segura.

CARMEN

Ya lo ves y me quería. Él siempre generoso, él siempre enamorado; y yo ahora; hasta ahora no... No es que pueda despreciarme él; soy yo quien se desprecia; soy yo quien no le merece, quien no le acepta... Es orgullo, si quieres: pero ya que este orgullo fué mi culpa, que sea mi castigo...

DUQUESA

No reniegues de ese orgullo. Es nuestra mejor cualidad. Ese orgullo de raza, es la mayor seguridad de que nunca cometeremos ninguna acción indigna; y si por flaqueza cometemos alguna, ese orgullo nos hará retroceder á tiempo. Yo sé cómo puede salvarnos ese orgullo de raza, que yo llamo altivez. Por eso mismo, si estás segura del cariño de Carlos, si estás segura también de que hoy le quieres, ¿por qué has de temer á la opinión de nadie?... Pero si salieras de esta casa, si rehusaras nuestra protección, ¿sabes lo que sería de ti? ¿Lo has pensado?

CARMEN

El Marqués de Ondárroa, excelente amigo de mi padre me aseguró que mediante un arreglo con nuestros acreedores, esperaba salvar una modesta renta que me bastaría para vivir con decoro. Hoy esperaba verle; sé que llegó ayer á Madrid con su familia.

DUQUESA

Piadosa mentira del buen Marqués. Nada ha podido salvarse: Te engañaron. El Marqués, de acuerdo con su hija, pensaba señalarte esa pensión.

CARMEN

¿Tú sabes?

DUQUESA

Yo sé que de la hija del Marqués, casada hoy con mi sobrino Guillermo, no puedes, no debes aceptar nada.

CARMEN

No, no... Nada, tú lo habrás dicho.

DUQUESA

Dije que nada necesitabas en nuestra casa, ni fuera de ella, si algún día dejabas esta casa por tu voluntad.

CARMEN

Gracias, gracias...

DUQUESA

El Marqués es muy bueno; un perfecto caballero, y quería mucho á tu padre; pero mi sobrino Guillermo no es lo mismo. Estaba muy enamorado de ti; pero conocía muy bien la situación de tu casa; y Guillermo no es como mi hijo, tuvo miedo. Prefirió redorar sus blasones con el oro flamante de los Ondárroa. Yo sé que á Guillermo le agradaría dispensarte su protección; estoy segura de que no te ha olvidado todavía, le conozco bien; lo mismo era su padre, mi cuñado. Consiguió cuanto se propuso; murió loco, porque no pudo conseguir algo por primera vez en su vida: comprometer la honra de una casa y de una mu-

jer que supo resistirle... Por algo te dije que el orgullo de raza es una virtud. Nunca te falte en los momentos decisivos de tu vida. Pero ahora no; ahora no tienes razón. No aceptas solo un nombre, una fortuna; no es que recobras tu posición en el mundo; es un sacrificio el que aceptas... es un bien el que me haces... Carlos está hoy bueno, pero los médicos aseguran que estará siempre amenazado de terrible suerte; yo, con más razón, debo temerlo. Tu cariño es la única esperanza de salvarle. Tú no lo sabes; eres su delirio, su locura... que esa locura sea la única; y si otra más terrible le postrara, sólo en ti veo á la mujer capaz ds sacrificarse por él. Tú sola serás capaz de la abnegación y del sacrificio necesarios. Porque tu corazón es fuerte, y en tu corazón el orgullo de raza sabrá recordarte siempre lo que nos debemos entre iguales... Ya ves como te hablo; como á una hija... Yo creí que era mi deber salvarte de la pobreza vergonzosa; de sus humillaciones... ¿Comprendes?... Te doy con mi hijo el nombre de esta casa. ¿Aceptas?

CARMEN

Sí... Lo comprendo... lo acepto...

DUQUESA

Salva á mi hijo; sálvamele, por la memoria de tu padre, que murió por salvar el honor de vuestro nombre.

CARMEN

Sí, sí; por la memoria de todos los nuestros... No es sacrificio, es mi deber... Ya estoy tranquila; ya pueden decir lo que quieran; tú me dijiste la verdad...

DUQUESA

Yo sé que mi pobre hijo te quiere con toda su alma, y sé que tú le querrás también; y el cariño te dará fuerzas si llegara el día de sacrificarte; y si ese cariño te faltara, el orgullo de raza te sostendría en el sacrificio... Serás igual á mí; para mí ese orgullo fué más fuerte que todo; más fuerte que el amor...

ESCENA IV

Dichas y EUGENIA, con un brazado de flores.

EUGENIA

Mamá.

DUQUESA

Entra, hija, entra.

EUGENIA

Perdonadme si vuelvo antes de que me llaméis; pero Carlos se ha despertado, os busca, vendrá aquí... Temí que os viese emocionadas...

DUQUESA

No; puede venir. Carmen es como yo; sabe afrontar con entereza todas las situaciones de la vida.

EUGENIA

¿Y estáis de acuerdo?

DUQUESA

Siempre. Abraza á tu hermana.

EUGENIA

¿Es verdad, hermana mía?

CARMEN

¡Hermana!

DUQUESA

Saluda á la Duquesa de Talavera, que sabrá honrar el nombre de nuestra casa.

ESCENA V

Dichas y CARLOS

DUQUESA

¡Carlos! ¡Tan pronto! ¡Buen descanso!... Si vuelves á tu vida de siempre...

CARLOS

No me riñas; hoy son mis vacaciones de enfermo; un día, un día solo; después sujeto otra vez á todo lo que me digan... Ya lo habéis visto. ¿No he sido obediente como un niño?... Si ahora soy yo quien no quiere contemplaciones ni mimos de nadie; energía, mucha energía, como allí. Pero hoy, no; dejadme... Si no pude pegar los ojos; sabía que estábais tan cerca de mí... Allí, ya os lo habrán dicho, dormía ocho y nueve horas; buscaba el sueño, lo deseaba, era la única esperanza de veros; tantas veces soñaba con vosotras; pero

aquí, al contrario, soñaría con aquello... y el despertar es veros de verdad, teneros muy cerca... Y por eso hoy desperté tan pronto, porque nada podía traerme el sueño mejor que este despertar.

EUGENIA

De niño mimoso que despierta entre besos: el de mamá...

CARLOS

Mi madre querida.

EUGENIA

El de tu hermana, que si fuera capaz de sentir envidia te tendría mucha rabia, porque te has llevado todo el cariño de nuestra madre.

CARLOS

Si creyeras tú eso no ibas á tenerme envidia, aunque no lo dijeras...

DUQUESA

¡Qué tonta!

CARLOS

¡Vuestros besos!... Allí, al despertarme, besaba vuestros retratos.

EUGENIA

¿Cuántos retratos?

CARLOS

Vuestros retratos.

EUGENIA

Aquí estamos tres personas, y vuestros es plural.

CARMEN

¡Eugenia!

DUQUESA

No hagas caso.

CARLOS

Faltaba uno, tienes razón. ¿Verdad, Carmen?

CARMEN

¡Carlos!

CARLOS

El que yo tenía era un retrato de otro tiempo...; un retrato en traje de fiesta... Se quedó aquí. Yo hubiera querido para tenerlo cerca, otro retrato, de ahora, así, más triste, pero de ahora. Es mala idea, ¿verdad? Preferirte triste. ¿Qué pensarás de mí?

CARMEN

No; haces bien. No podía parecerte lo mismo aquel retrato que éste. Pero también era yo aquélla, y así me quisiste también. Ahora es cuando tal vez no debías quererme.

CARLOS

Para mí fuiste siempre la misma. Ya sabes que mi corazón ó mis nervios excitados de enfermo, según dicen, lo presentían todo. ¿Te acuerdas, poco antes de saber la muerte de tu padre?

CARMEN

¡Es verdad!

CARLOS

¡Cómo te reíste de mí aquella noche!

CARMEN

No lo recuerdes.

CARLOS

Pues lo mismo que entonces, presentía yo muchas veces que una gran tristeza haría muy pronto de ti, de aquella criatura orgullosa que se burlaba de todo sentimiento, esta de ahora, ennoblecida por el dolor. Entonces, ¿qué sabías tú de la vida? ¿Qué habías sufrido tú? Tus furorcillos de niña mimada, eso era para ti todo el dolor humano. Ahora ya sabes que hay más tristezas que la de destrozar un traje que estropeó una modista, ó la de pasar un verano en España en lugar de pasarlo en Francia. Yo hubiera sido como tú, si la tristeza de sentirme morir en cada día de mi vida no me hubiera hecho pensar en algo que no podía darme todo el cariño de los míos, ni lo elevado de mi cuna y de mi posición... Yo sabía que habíamos de encontrarnos por fin como ahora. Y no es que ahora no recuerde á la de entonces y me parezcas otra; es que entonces ya sabía yo que habías de ser la de ahora.

CARMEN

Tú sí que siempre fuiste el mismo; siempre bueno, siempre generoso...

CARLOS

Por mi desgracia. Tú no sabes lo que es asomarse á la vida desde las puertas de la muerte, sin atreverme á entrar hacia la vida; sintiendo siempre que muy pronto había de llamarme la muerte. La solicitud extremosa de cuantos me rodeaban desde niño, disfrazaba mal sus temores con caricias; yo me daba cuenta de todo; y desde

niño aprendí á observar á los demás y á observarme yo mismo; y cuando más lejos me creían, estaba yo más cerca para escuchar, y escuché muchas veces: ¡No es posible que viva! ¡Sí, no vivirá! ¡Sí, se muere!...

DUQUESA

¡Hijo mío!

CARLOS

Así fué toda mi vida, como una larga agonía; la hora dulce en que todo mal se olvida y se perdona; el que hicimos, el que nos hicieron. Nadie me quiso mal, quizá porque todos sabían que mi vida, por breve, no sería un estorbo á nadie; á todos quise bien, porque todos fueron buenos conmigo... Viví entre personas queridas, y viví como se muere, rodeado de caricias; con palabras de amor y de esperanza... Sólo tú fuiste cruel conmigo..., por eso te quise con más fuerza; tú no eras compasiva como los demás. Y mira, cuando respondiste á mi declaración emocionada, con tus desprecios, con tus burlas, por vez primera sentí dos emociones contrarias, pero gratas las dos; la esperanza de vivir y la confianza en tu lealtad... ¡Sabía yo de tantas que deseaban casarse conmigo, confiando en que había de morirme pronto!... Y tú no; tú ni me compadecías ni me engañabas; y te quise como se quiere á la vida, que sólo acepta á los fuertes para ofrecerse á ellos con todos sus goces; y por ti deseé ser fuerte y vivir, y pedí con ansia curación y remedio... Y este deseo de toda mi alma dió vigor y energía á mi cuerpo... Y vivo

porque quise vivir... y una vez más el amor venció á la muerte.

DUQUESA

Sí, hijo mío..., pero tus nervios necesitan reposo y te exaltas hablando... Cálmate... Calla.

CARLOS

Necesito hablar; el silencio me angustia. Allí hablaba tan poco...

EUGENIA

Sí; no sería una sociedad muy agradable...

CARMEN

¡Qué triste debía ser!

CARLOS

Había muchos enfermos; yo era el único razonable de todos; creía serlo.

DUQUESA

Claro está. Tu razón nunca estuvo perturbada, ni lo estará nunca; no es ese el peligro...

CARMEN

¿Y no hablabas nunca con los otros enfermos?

CARLOS

Muy poco. Palabras indiferentes. Pasábamos todos como desconocidos. Ninguno tenía confianza en los demás. Cada pensamiento era allí como una isla inaccesible; aquellos infelices guardaban cada uno para sí su locura..., su idea, como enamorados celosos.

DUQUESA

Bien está. No hables de eso. Deja tú los recuer-

dos, y vosotras la curiosidad... Traed esas flores... Han entrado coches en el jardín... Eugenia, hija mía, da orden para que lo dispongan todo. Deja que hablen; ten discreción; ya la tendrán ellos para ti algún día; cuando yo falte, que será muy pronto.

EUGENIA

No digas eso, porque entonces voy á precipitar los acontecimientos. Al lado de los enamorados sólo sienta bien una figura venerable..., y está justificado un buen sueño.

ESCENA VI

Dichos, un CRIADO, después el MARQUÉS DE MORALEDA y la PRINCESA SAVELLI

CRIADO

¡La Princesa Savelli!... ¡El señor Marqués de Moraleda!

DUQUESA

Pueden pasar aquí. Vienen á saludarte, si no te cansa...

CARLOS

No, no, que venga todo el mundo; todos son muy cariñosos...; es muy amable todo el mundo. *(Entran la Princesa y el Marqués).*

DUQUESA

Queridos amigos... Los primeros en felicitarme...

MARQUÉS DE MORALEDA

No; un abrazo; un abrazo. Ya sabéis vosotros cuánto os quieró.

CARLOS

Y á ti todos en esta casa.

PRINCESA

Usted sabe cómo yo me alegro con la alegría de mis amigos. Yo no sabía que Carlos hubiera llegado; me encontré al Marqués, él me lo dijo, y fué tan amable, que quiso acompañarme.

MARQUÉS DE MORALEDA

Eugenia, un abrazo también; un abrazo.

EUGENIA

Con toda mi alma.

MARQUÉS DE MORALEDA

Carmen... ya sé que tú también te alegras, en medio de tu pena tan natural. Yo tampoco puedo olvidarme..., no me acostumbro... ¡Triste vida esta; triste vida! Para no pensar en nada si se quiere vivir. Pero chico, el aspecto es magnífico. ¡Qué buen semblante!

DUQUESA

¿Verdad que sí? Todo el mundo lo dice.

PRINCESA

A todos nos convendría una temporada de recogimiento de cuando en cuando. La curación por el reposo, que ahora prescriben muchos médicos. ¿Quién no está un poco *detraqué* con esta vida nuestra de sensaciones rápidas, violentas, en las

que, si somos espectadores, lo somos como de un cinematógrafo; si actores, como si batiéramos un *record*; el *record*, he aquí la vida moderna; el *record* de la riqueza, el de la ambición, el de la fama, el del placer... Hay que llegar á todas partes y llegar pronto, y llegar antes que todos. En mi última novela, que probablemente titularé así: *Le record de l'amour*, estudio este mal del siglo en uno de sus aspectos: el del amor...

CARLOS

Será interesante... ¿Y el Príncipe?

PRINCESA

Vendrá en seguida. Se le llevó Quique en su automóvil; fueron de expedición.

CARLOS

¿Quique?

MARQUÉS DE MORALEDA

Paquito, Paquito Utrilla...

CARLOS

Ah... sí...

MARQUÉS DE MORALEDA

Quique; ahora le llamamos así.

PRINCESA

Ya tardan. Estoy intranquila; son muy locos; se matarán un día de estos.

MARQUÉS DE MORALEDA

¿Por qué deja usted ir al Príncipe con Paquito? Van á dejarle á usted viuda el mejor día... El Príncipe, que antes sólo se dedicaba al arte, arriesgarse así...

PRINCESA

Por no separarse de Quique. No sabe estar sin él.

EUGENIA

(*A Carmen.*) Éstas aquí... (*Colocando unas flores.*) Dispondremos el té en la rotonda. (*Salen Carmen y Eugenia.*)

PRINCESA

(*A la Duquesa.*) Tiene usted que aconsejarme sobre la compra de unos encajes que me han ofrecido; usted que posee la colección más hermosa que yo conozco; me aseguran que son antiguos, de Bruselas; creo recordar que usted me enseñó algunos muy semejantes.

DUQUESA

Si quiere usted verlos, aquí están. (*Señalando á una habitación contigua.*) Los guardo en una vitrina; porque, ciertamente, son magníficos, dignos de un museo... ya no se fabrican así. Pase usted... Hasta ahora. (*Salen la Duquesa y la Princesa.*)

ESCENA VII

CARLOS y el MARQUÉS DE MORALEDA

MARQUÉS DE MORALEDA

Ya te habrás enterado de que ahora estamos en pleno naturalismo; ya no es Dedé; es Quique.